

LECTORES DE LIBROS Y NÚCLEOS CIVILIZATORIOS. UNA REFLEXIÓN CONTEMPORÁNEA

Por ALFONSO LAZO DÍAZ

Excmo. Sr. Director,
Excmos. Sres. Académicos,
Queridos amigos.

Cuando un pueblo cualquiera, sin apenas aperebirse de ello, comienza a utilizar la bandera como trapo de cocina está ya muy cerca de perder el recuerdo de su historia y su propia personalidad.

Y cuando los reyes taumaturgos de corona, trono y espada que curaban las enfermedades de sus súbditos imponiéndoles las manos perdieron la fe en su carisma, ya estaban a punto de perder también la corona, el trono y la espada.

Escribía Alfred de Loisy, allá por los comienzos de los años 20 del pasado siglo en su obra *Los misterios paganos y el misterio cristiano*¹ que primero fue el rito, y luego el mito que venía a explicarlo. No me convence mucho la tesis de Loisy, pero sí estoy convencido de que la conservación de ritos y rituales es vital para la supervivencia de los pueblos; y que las grandes instituciones

1. Alfred Loisy, *Los misterios paganos y el misterio cristiano*, Barcelona, 1990.

y altos lugares donde esos rituales residen pueden convertirse en núcleos civilizatorios cuando amenaza la barbarie.

Recuerdo un exquisito artículo de prensa en un diario sevillano donde el profesor Macarro Vera hacía el elogio de uno de los ritos de la tauromaquia: la salida ordenada de la cuadrilla desde el hotel, andando, hasta llegar a la plaza de toros de la Maestranza. Para el profesor Macarro era el ritual de una cultura que se va perdiendo.

El lugar en el que nos encontramos en estos momentos, es sitio donde se conservan con cuidado los ritos; y uno de ellos consiste en que quien va a formar parte de la Institución haga una referencia al que fue su antecesor y dejó al marcharse un lugar vacante. Con gusto, pues, cumplo el ritual y hablo de don Manuel Olivencia Ruiz.

Lo hago con la enorme satisfacción que supone el recuerdo de su figura. Una excelente persona y un profesor de excelencia que sus discípulos recuerdan con cariño. “Gran maestro universitario y hombre de letras”, lo ha llamado algunas veces don Rogelio Reyes. Un gran lector enamorado de los libros que me recuerda a otro Manuel que hace muchos años fue director de esta Real Academia: don Manuel Díaz Caro, mi abuelo materno.

De don Manuel Olivencia yo conocía naturalmente su “cursus honorum”, la existencia de sus más de doscientos títulos publicados, su pertenencia a tres reales academias de esta ciudad y sus numerosos premios y condecoraciones. No lo conocí personalmente, pero supe de su inteligencia, de su elegancia, de su manera de razonar, su sentido del humor y del honor, su finísima escritura.

Como no podía ser de otro modo, don Manuel Olivencia formó de manera natural parte de esta Academia, en una época de tumulto cultural creciente; un tiempo, el nuestro, que Jünger ha llamado el regreso de los titanes, dueños de la materia y la técnica, alzados contra los dioses y el espíritu;² rebeldía que para el autor alemán representa el fin de una alta cultura que don Manuel siempre defendió.

2. Ernst JÜNGER, *Los titanes venideros*, Barcelona, 1998.

En 1999, el filósofo Peter Sloterdijk publicaba en Alemania un libro que lleva por título *Normas para el parque humano*,³ y donde acuña el concepto de “lectores de libros” como eje alrededor del cual durante siglos ha girado la civilización europea. “Ha girado” -digo- porque los lectores de libros entendidos como núcleo civilizador han perdido hoy toda su influencia.

Para el filósofo alemán los lectores de libros, que eran al mismo tiempo los escritores de libros y escritores de cartas, “filólogos” les llama a veces, se convirtieron a partir del Renacimiento y la aparición de la imprenta en una verdadera y benéfica casta que fijaba el imaginario colectivo y el pensamiento común. Entre 1789 y 1945 -sostiene Sloterdijk- “los humanismos nacionales amigos de la lectura vivieron su momento de esplendor. Su centro lo ocupaba, consciente de su poder, la casta de los viejos y los nuevos filólogos que se sabían depositarios de la tarea de instruir a las nuevas generaciones”.⁴ Hoy, sigue discurrendo, aquella época en la que la influencia de tal meritocracia intelectual fue enorme, “ha llegado a su fin. Pues con el establecimiento mediático de la cultura de masas a partir de 1918 (difusión de la radio) y de 1945 (la televisión) y, más aún, con las últimas revoluciones de las redes informáticas, en las sociedades actuales la coexistencia humana se ha instalado sobre fundamentos nuevos. Estos son, como se puede demostrar sin dificultad, decididamente post-literarios, post-epistolares, y en consecuencia post-humanísticos”.⁵ Por mi parte, creo que en semejante coyuntura podría hablarse sin exceso de la aproximación de años de barbarie.

Un día, allá por 2008, cuando mi mujer y yo regresábamos a casa en autobús de la red urbana, subió un grupo de jovencitas de pelo pringoso pegado a la cara y vestimenta de harapos blancos en pleno invierno: enormes chillidos, carreras arriba y abajo por el pasillo, música de móvil a todo volumen, histerismo; iban acompañadas de un horrible efebo gesticulante que gritaba más que todas ellas juntas. A mitad del recorrido hubo que frenar y abrir las puertas porque una de las adolescentes había olvidado su

3. Peter SLOTERDIJK, *Normas para el parque humano*, Madrid 2000

4. Op. cit.

5. Op. cit.

bolso en la parada. Hoy, pasado el tiempo, me pregunto a quién votarán, si es que votan, aquellas adolescentes ahora adultas. Y me pregunto sobre todo qué libros habrán leído. Una anécdota sin duda. Sólo una anécdota, pero que venía de muy atrás y que iba extendiéndose por Europa con enorme rapidez. María Zambrano, que vivió largos años en Roma, escribe a un amigo valenciano con fecha de 4 octubre de 1973 una larga carta en la que se recuerda la belleza y el buen vivir de la ciudad, si bien le advierte que el modo de vida de la Urbe está desapareciendo: “pues la belleza intacta del lugar está siendo invadida a pasos agigantados por los bárbaros”.⁶ Bárbaros del interior.

Dos meses antes del trayecto en autobús que acabo de relatar se inauguraba en el palacio Grassi de Venecia una extraordinaria muestra arqueológica bajo el rótulo de ‘*Roma y los bárbaros*’. Una exposición que atrajo el interés no sólo del gran público, sino de eruditos y estudiosos que volvían a interrogarse sobre el final de la cultura grecolatina y la inquietante semejanza con algunos aspectos de la Europa de hoy.

Después del año 400, el hundimiento de la cultura occidental fue un hecho. No se trataba únicamente del fin de Roma ante el envite de germanos y pueblos del este. Paul Veyne, profesor honorario del Colegio de Francia escribía con motivo de la exhibición de Venecia que el retroceso técnico, militar y político del Imperio Romano fue acompañado de una regresión mental de la sociedad, de una “pérdida de dignidad”: la gente se dejó ir, las clases medias dejaron de acudir a la escuela; sólo los monjes en los incipientes monasterios conservaron el arte de leer y la escritura, guardando para nosotros la filosofía y la literatura antigua. Hubo -continuaba Paul Veyne- como una brutalización colectiva y una bruticie moral. Hoy, no hace falta apelar al informe PISA, o a las estadísticas de indicadores de lectura o al catálogo de “medidas de no-esfuerzo” que recogía don José Antonio Gómez Marín en su “Cruz del Sur”, para percibir una barbarización que nace desde dentro de nuestra misma sociedad. Una barbarie sobrevenida, tal vez una mutación histórica.

6. María ZAMBRANO, *Cartas de La Pièce. Correspondencia con Agustín Andre*, Valencia, 2002, p. 28.

No fue el filósofo alemán el primero que acuñó el concepto cultural de los “lectores de libros” que perdieron su poder e influencia ante el avance de la técnica y el nihilismo. Años antes, otro escritor de lengua germana, Hermann Hesse, publicaba la novela *El juego de los abalorios*, una obra que por sí sola constituye uno de los grandes monumentos literarios de la Europa del siglo XX.

La acción de la novela está situada en un futuro impreciso donde una orden monástica laica domina culturalmente el mundo al que ha salvado de una larga decadencia; decadencia que Hesse denomina la “época folletinesca”; época de mediocridad, demagogia e ignorancia que se inició en 1918 con el final de la Gran Guerra. La finalidad de la orden es mantener la alta cultura recuperada a través de un gran juego intelectual al que acuden los grandes maestros de todas las naciones. Un juego en el que no sólo se manejan cuentas de cristal, sino también la música, las matemáticas, la historia universal, la imaginación literaria. En un futuro impreciso; lo cual significa que la época folletinesca no sólo llega al momento en el que Hesse está escribiendo su novela, sino que alcanza incluso a nuestro propio siglo XXI a la espera de los jugadores de abalorios que salven de la estulticia a nuestra sociedad.

El juego de los abalorios, pues, es mucho más que una novela, y la idea de la época folletinesca que surgió de la desaparición de los lectores de libros la encontramos incluso cuando Sánchez Ferlosio no tiene reparos en calificar, en un escrito sobre la belleza del arte, todo la pintura de Tapies de impresentable. Vivimos, pues, el tiempo de la sociedad del espectáculo. Un tono que incluso contamina las grandes instituciones culturales, llegando hasta el jurado de los Premios Nobel. Basta leer los dardos bienhumorados pero de cortante filo que don Aquilino Duque en su libro *Memoria, Ficción y Poesía* lanza sobre quienes deciden cada año el Premio Nobel de Literatura y aparecen cada vez más como sometidos a una corrección política rampante. “Para caer en gracia a la Academia sueca -escribe don Aquilino- no se trata de escribir mejor o peor, sino de proyectar cierto perfil o de no proyectar ninguno”. Y esto, añadido por mi parte, sin tener en cuenta el Premio Nobel de la Paz, casi siempre otorgado a tontos de capirote.

De esta manera la pérdida del poder por parte de los lectores de libros, y la plenitud de la era folletinesca se convierten también en la hora de las masas. Una sociedad de masas igualitarias en la que se ha dejado de leer. La lectura es una acción individual, mientras que la sociedad del espectáculo requiere multitudes concentradas: gritan, reclaman, aplauden, protestan y, si es preciso, linchan.

En 1930, Ortega y Gasset publicaba *La rebelión de las masas*. En 1960 aparecía *Masa y poder* de Elías Canetti. Y en el año 2000 Peter Sloterdijk daba a la imprenta *El desprecio de las masas*. Tres obras coincidentes en presentar a la masa como algo distinto a la suma de los individuos racionales que la componen, como un ente emotivo en el que sus células renuncian a toda racionalidad para caer en trance ante su Führer, se llame Hitler, o Madonna o la última *influencer* o el demagogo político de turno.

El siglo XX, tanto en versión comunista, como fascista, como democrática, y al parecer lleva el mismo camino el siglo XXI, fue el siglo de las masas en movimiento y, en consecuencia, de lo público. Ni el mismo cristianismo, una religión de salvación personal, se vio libre de esa influencia: en 1961 el papa Juan XXIII en su encíclica *Mater et Magistra*, instaba a los creyentes a socializar más. Veinte años antes (1941), en España, un honrado fascista, católico e intelectual de talla, Pedro Laín Entralgo, sostenía en *Los valores morales del nacional sindicalismo* que al igual que la persona ante Dios se salva o se condena, los pueblos ante la Divinidad se salvaban o se condenaban. Debo confesar que nunca pude entender qué podría significar una salvación o una condenación colectiva distinta a la individual. Misterios de la mentalidad nacionalista.

Es el minuto cenital del poder de las multitudes; un poder que aterroriza no únicamente a los gobiernos y líderes políticos, sino también a la prensa, a las cátedras profesoras e incluso al individuo que en las redes sociales se ve con frecuencia obligado a pedir perdón con la cabeza gacha. Hay razones para empavorecerse: el rechazo por parte de la multitud de toda “intermediación” conduce de manera inexorable al totalitarismo moral, intelectual y, al final, político, puesto que la muchedumbre al proclamarse mayoritaria entiende la mayoría como soberana,

absoluta y depositaria de la verdad. Restif de la Bretonne, después de narrar en su horrible libro *Las noches revolucionarias* las matanzas de septiembre de 1792 en París, que a él, espectador directo, le espantaron, añade no obstante que los homicidas carniceros llevaban razón pues “en la democracia directa del pueblo, la minoría siempre es culpable”.

“Pensar por cuenta propia, escribe Vila-Matas, es perseguido. Existe una clase media-baja del espíritu que bajo la protección del partido, la secta o la corriente artística presume de poder decir *nosotros* en lugar de decir *yo*”. Los historiadores conocen bien el fenómeno. Durante la Revolución Francesa, los sans-culote llamaban a la guillotina la hoz de la igualdad, la que rasa todo lo que sobresale, y calificaban a sus víctimas de “aristócratas” aunque no tuvieran una sola gota de sangre azul. El individualista, el “anarca” (Jünger), el sabio y el noble de espíritu son por naturaleza culpables y deben ser castigados.

Pero el punto cenital de un movimiento, de un paradigma, es por fuerza el comienzo de su decadencia. Cabe pensar en una incipiente aristocracia del mérito, oculta en la “emboscadura”, donde se va fraguando en silencio la orden del juego de los abalorios.

En efecto, en los siglos que siguieron a la caída de Roma, al final de la cultura grecolatina y al desmembramiento del imperio carolingio, cuando hordas salvajes de vikingos, magiares y sarracenos asolaban los campos de Europa, y los “terrores” del año mil anunciaban la proximidad del fin del mundo, algunos guerreros levantaban torres defensivas, y en los *scriptoria* de los monasterios se copiaban los textos clásicos que venían de Irlanda y del Mont Saint Michel. Torres y monasterios, fueron los que llegada la hora hicieron posible el Renacimiento, el Humanismo y la resurrección de los lectores de libros. Me gusta pensar que ese papel puede ser jugado ahora por las librerías, por las editoriales, por los departamentos universitarios que no hayan naufragado en la mediocridad, por los profesores de colegios e institutos educadores para el futuro y por las reales academias; puntos donde se guardan los libros, lugares civilizatorios. Pero, ¿sólo lecturas de libros? ¿No tiene asimismo un papel civilizador la lectura de la prensa?

En esta Real Academia se sientan desde hace mucho, junto a grandes escritores, quienes son grandes escritores y al mismo tiempo grandes periodistas.

No es necesario convocar las figuras de José Pla, o del maestro Azorín para convencerse de la fecunda colaboración del alto pensamiento y la alta literatura con el periodismo más serio. Mientras Miguel Delibes fue director de *El Norte de Castilla* recaló en ese periódico de provincia un pequeño grupo de escritores que luego serían hitos capitales de las letras españolas del siglo XX: Martín Descalzo, Francisco Umbral, Jiménez Lozano, Manuel Leguéniche, César Alonso de los Ríos.⁷ No, no existe de necesidad contraposición alguna entre periodismo y Academia como núcleos civilizadores. Pero si hay torres defensivas que representan la civilización es porque alrededor de los monasterios bullen los bárbaros.

Con cierta frecuencia encontramos hoy síntomas de profunda decadencia en lugares que son, o deberían ser, lugares de alta cultura. Cierta día, leyendo un grueso ensayo de historia medieval me encontré con la siguiente afirmación: “Las grandes catedrales del siglo XIII, levantadas por los masones [...]”. El disparate no es imputable al autor del libro, sino a la, por cierto, prestigiosa editorial que había encargado la traducción a un ignorante, el cual al encontrarse con la palabra francesa ‘*maçon*’ (albañil, albañiles) pensó que no tenía necesidad de traducirla, era evidente: los masones habían construido las catedrales de Europa. O lo visto en el teatro.

A finales de 2017 se estrenaba en los Teatros del Canal, dependientes de la Consejería de Cultura del Gobierno autónomo madrileño, la pieza *Monte Olimpo*, que según las alabanzas de cierta crítica especializada fue un hermoso ejemplo de “vanguardia de las artes escénicas”. La obra duraba 24 horas, con pequeñas pausas de refrigerio para los espectadores, y estaba llena de bacanales en vivo que culminaron al amanecer con la escena de un actor metiendo su puño en el ano de otro. ¡Bellísimo!

7. José JIMÉNEZ LOZANO, *Cavilaciones y melancolías*, Aguadulce, 2018, p. 21.

Ahora bien, las torres y monasterios fortificados suponen por fuerza la existencia de una aristocracia. Una aristocracia en su mejor sentido; en el sentido de los mejores que siempre han existido, existen y existirán (los mejores artistas, los más altos intelectuales, los más sabios científicos, los mejores carpinteros) y de los que depende la permanencia de la civilización misma. En una carta de Ramón Gaya desde París que lleva fecha del 9 septiembre de 1952, este exiliado, este rojo, este hombre de izquierdas que se puso al servicio de la República del Frente Popular cuando comenzó la Guerra Civil escribe a un amigo: “Nada de privilegios -eso es para los plebeyos-, aristocracia, mucha aristocracia, es decir, obligaciones”. ¿Se atreverá alguien a llamar a Ramón Gaya reaccionario? “Obligaciones”. Obligaciones auto impuestas, es decir deberes asumidos más allá de lo que se exige al común. Es la verdadera élite (vocablo hoy convertido en blasfemia), que permanece noche y día guardando la fortaleza del desierto de los tártaros.

Para Sloterdijk -ya lo sabemos- 1945 fue la fecha en que los lectores de libros comenzaron a perder su influencia. Para Hermann Hesse, 1918 abrió el comienzo de la época folletinesca. Para nosotros, que estamos viviendo en Occidente una época Alejandrina, nuestra decadencia cultural y moral también comienza con una fecha precisa y heráldica: 1968; el cenit de lo que se ha llamado la década prodigiosa, más o menos los años comprendidos entre 1965 y 1975. Algunos percibieron el cambio que se acercaba y cuáles serían las consecuencias.

En pleno tumulto de Mayo del 68 el general de Gaulle estaba convencido de encontrarse ante una revolución comunista; su primer ministro George Pompidou tuvo que abrirle los ojos: “No, señor presidente, no son los comunistas, estamos asistiendo a un cambio de civilización”. Tenía razón. Hace algo más de cincuenta años la juventud del mundo democrático y desarrollado que vivía en plena prosperidad se alzó contra ese mundo del que eran hijos privilegiados. Desde el punto de vista político aquella revuelta fue un disparate y no tenía posibilidad de triunfar ni de transmitirse al futuro. Algunos historiadores hablan de la revolución de Peter Pan: los niños que no querían crecer y pretendían seguir jugando toda la vida. Revolución política fracasada, pero una victoria cultural: los paradigmas, el imaginario colectivo,

los gustos, las costumbres, la moral cambiaron para siempre y son ahora los nuestros, para lo bueno y para lo malo. Igual que si dejamos a un niño armado con un martillo jugando solo en una cristalería. ¿Pero por qué razón entró el niño en la cristalería?

La razón profunda hay que buscarla, me parece, en la crisis de prestigio que experimentaron las dos grandes fuerzas espirituales del mundo libre: la Iglesia Católica y los partidos comunistas occidentales; dos estructuras con ideas fuertes, fe en una victoria final, jerárquicas, disciplinadas y con espíritu de sacrificio. Pero en 1953 murió Stalin, y poco tiempo después el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética descubría y condenaba *urbi et orbi* los espantosos crímenes del estalinismo. El comunismo de Occidente se fragmentó, los jóvenes comunistas perdieron la fe, dieron la espalda a los partidos comunistas ortodoxos y muchos de ellos buscaron refugio ideológico en el marxismo herético de un Althusser o de la escuela de Frankfurt. En cuanto a la Iglesia Católica, el año 1958 vio la muerte del Papa Pío XII. El nuevo Pontífice Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II y la Iglesia se abrió a la modernidad. Sin duda era necesario y urgente pero hubo un modo de desbordamiento en el clero: miles de sacerdotes, religiosos y monjas abandonaron los hábitos y provocaron que sobre todo los jóvenes dejaran de ver en la Iglesia una institución divina. No juzgo, solamente narro: Europa se quedó sin ideas, sin principios, sin ideales, sin valores fuertes y sin dioses preceptores. Su lugar lo ocuparon los folletines, el pensamiento débil, lo lúdico, el rechazo de las élites y de cualquier jerarquía.

Señores académicos, hemos hablado, y ya es necesario acercarnos al final, de los lectores de libros como frontera que separa la aristocracia intelectual de la barbarie; y hemos hecho referencia a núcleos civilizadores como torres defensivas. ¿Pero es acaso que las muchedumbres carecen de cultura? ¿Es cultura lo mismo que civilización?

Recién terminada la Gran Guerra Spengler publica un libro portentoso: *La decadencia de Occidente*; una obra de filosofía de la historia que se difunde inmediatamente por toda Europa. De la categoría del libro da cuenta que la primera edición española está traducida por García Morente y lleva un prólogo de Ortega

y Gasset. Sin duda, a pesar de su atractivo, hoy resulta un libro superado; entre otras cosas por la distinción que hace entre “cultura”, entendida como alta cultura humanística, y “civilización” entendida como decadencia y predominio de la técnica. No es la distinción que me permito hacer yo.

Creo que cultura es todo lo que hace el hombre y no hace la naturaleza: comerse una manzana es naturaleza porque se la come un pájaro o un macaco; comerse una manzana asada es cultura pues sólo puede hacerlo el hombre. Civilización es, pues, cultura más verdad, bondad y belleza. Culturas existen muchas: una es la cultura de la Atenas de Pericles y otra la cultura de los cazadores de cabezas de Sumatra; pero civilización sólo hay una: aquella que se opone al salvajismo. Hace algunos años en un pequeño pueblo cuyo nombre callaré, los mozos celebraban la fiesta del lugar tirando una cabra viva desde el campanario de la iglesia. Cuando la autoridad competente prohibió aquel espectáculo, los lugareños protestaron por considerarlo un atentado a la cultura identitaria de su pueblo. Tenían razón: tirar una cabra desde una torre es cultura, pues las cabras (naturaleza) no suelen suicidarse así; pero de ninguna manera semejante costumbre era lo propio de un pueblo civilizado. Por ello tenía razón Alain de Benoist, Premio Nacional de Ensayo de la Academia Francesa, cuando escribía, allá por los años 70 del siglo XX, que los hombres civilizados de todas las culturas se entienden entre sí.

¿Y la Iglesia? ¿Puede la Iglesia volver a jugar el papel que ya jugó hace más de mil años? En la Nochevieja del último año del siglo XIX, en un banquete político cierto prefecto francés levantó su copa para brindar por la nueva Europa del nuevo siglo donde la superstición cristiana acabaría por desaparecer. Estamos en el siglo XXI, hemos olvidado el nombre de aquel prefecto y el cristianismo sigue ahí, si bien en Europa con la apariencia de encontrarse en fase terminal.

No hace mucho, quizás dos años, en este mismo salón tenía lugar una conferencia-coloquio. En un determinado momento de su discurso el orador afirmó que él “no era creyente”. No ocurrió nada; una frase común que hemos escuchado mil veces. Lo que no resultó tan corriente es lo que vino después: al abrirse el coloquio; don José Antonio Gómez Marín, que se sentaba en la

mesa presidencial empezó con las siguientes palabras: “Yo, que sí soy creyente [...]”. Hubo como un silencio sobre el silencio que ya existía en este salón, y el gesto de asombro contenido del conferenciante. Así pues, creo que no es vano preguntarse si en nuestra sociedad descristianizada es aún posible que la Iglesia pueda ser una institución civilizadora. Y aquí me atrevo a sentirme optimista. Pues junto a las inocultables condenas pontificias de un Pío IX, de un Pío X o de un Pío XII existe una profunda corriente cristiana, más allá y más acá de papas inquisidores, marcada por hitos llamativos. Así el concilio carolingio del año 794 en Frankfurt que en uno de sus cánones pide al monarca (leo sin saltarme una coma) “que el rey socorra a los oprimidos, sea el alivio de los infelices, sea señor y padre, sea el sabio soberano de todos los cristianos”;⁸ o el Papa Gerberto del año mil amante de las ciencias; o la abadesa del siglo XII Hildegard von Bingen y su tesis sobre la expansión infinita del cosmos, o los humanistas del Renacimiento que se sentaron en la Sede de Pedro y, ya en el siglo XX, pontífices como Juan XXIII, Pablo VI o Benedicto XVI que lejos de condenar el pensamiento moderno quisieron abrir la Iglesia a esa modernidad.

En 1916 Ortega y Gasset hacía la reseña de la novela de Fogazzaro *El Santo*,⁹ que Pío X había condenado por Modernista. El catolicismo aparecía, pues, en esa coyuntura como cerrado, dogmático y enemigo de toda libertad de expresión y pensamiento. Y no obstante un no católico, un agnóstico como Ortega, aprovecha la publicación de la novela de Fogazzaro para escribir en su reseña: “La cultura nace de la emoción religiosa. Vamos pensando que es menester elevar nuestro pueblo a esa noble religiosidad, única capaz de satisfacer la existencia de una raza sobre la tierra. Una Iglesia Católica amplia y saludable, que acertara a superar la cruda antinomia entre el dogmatismo teológico y la ciencia, nos parecería la más potente institución de cultura. Esa iglesia sería la gran máquina de educación del género humano”.¹⁰

8. Citado por Alessandro BARBERO, *Carlomagno*, Barcelona, 2004, p. 140.

9. Hay traducción española reciente en la Editorial Funambulista.

10. La cita de Ortega en Jordi COROMINAS y Juan Albert VICENS, *Zubiri. La soledad sonora*, Barcelona, pp. 90-91.

Señores académicos, quince años después de aquel encuentro en el autobús me esfuerzo por contestar a las preguntas que me hice entonces: ¿A quién votarán cuando tenga edad de votar? Hoy la tienen ¿Cuántos libros habrán leído desde entonces? No soy optimista a corto plazo, pero sí en la larga duración histórica convencido de que el hombre progresa. A veces se nos dice desde muy arriba que las academias no pueden convertir en fósil la lengua y deben ir admitiendo las nuevas palabras que brotan de un idioma vivo. Por supuesto, pero se habla como se piensa y se piensa como se habla, y si introducimos la barbarie en el hablar temo que también barbaricemos nuestra manera de pensar. Quiero, entonces, invocar de nuevo el papel histórico de una Real Academia que lleva el título de Buenas Letras y que veo como refugio de los lectores de libros a la espera de un nuevo Renacimiento y una nueva Ilustración que sin duda han de llegar.

¿"Por dónde comenzar este tardío aprendizaje mío?"¹¹ Porque mi entrada en este lugar civilizatorio -donde me presentaron Don Ignacio Medina Duque de Segorbe, Don Rogelio Reyes Cano y Don José Antonio Gómez Marín- la tomo no sólo como un honor, sino como una última y nueva oportunidad de aprendizaje. No he venido a traer nada. Vengo para aprender.

He dicho.

11. Paul RICOEUR, *Vivir hasta la muerte*, Madrid, p. 12.